

UNIVERSIDAD DEL ROSARIO
JULIO DE 2020

EDITORIAL UNIVERSIDAD DEL ROSARIO
Dirección: Cra.7 # 12B-41, oficina 501
Teléfono: (57-1) 2970200, ext. 3114
<http://editorial.urosario.edu.co>

COMITÉ EDITORIAL DE ESTA EDICIÓN

UNIVERSIDAD DEL ROSARIO
Juan Felipe Córdoba Restrepo

COORDINACIÓN PUBLICACIONES PERIÓDICAS
Tatiana Morales Perdomo

CONSEJO DE EDICIÓN
Juan Carlos Ruiz Hurtado
Diego A Garzon-Forero
Libardo Antonio Bernal Castillo

CORRECCIÓN DE ESTILO
Lina Duarte

DISEÑO, ILUSTRACIÓN Y FOTOGRAFÍA
Miguel Gerardo Ramírez Leal
Kilka Diseño Gráfico



REFLEXIÓN

La literatura que siempre nos hace sentir como niños

La magia de los libros que leemos
en la infancia



Por: **María Fernanda Medrano**
Directora Editorial Calixta Editores



La niñez es ese momento en el que, como esponjas, absorbemos todo lo que está a nuestro alrededor; en el que formamos ciertos hábitos que nos acompañarán para siempre. También es cuando estamos más abiertos al poder de la imaginación. Nadie tiene que convencernos de que volar con polvo de hadas es posible, simplemente es un hecho.

Los libros que leemos cuando somos niños marcan nuestra vida, nuestra conducta y contribuyen de manera directa en nuestro desarrollo social, emocional y cognitivo. Por un lado, están las ventajas tradicionales que trae leer —que se dan a cualquier edad— y que en la infancia son más duraderas y profundas: ayuda en el proceso de aprender a escribir, aumento del vocabulario y aprendizaje de la ortografía. También, en la infancia, gracias a la lectura, la comunicación se vuelve más fluida, el conocimiento empieza a viajar por un camino menos pedregoso que cuando se inserta a la fuerza y, adicional a esto, los niños lectores presentan menos problemas de aprendizaje.

Pero todas esas razones son muy técnicas y hoy yo quiero hablar de las razones por las cuales yo amaba la literatura cuando era niña; empezando porque para mí —y supongo que para todos los niños— la literatura no era «infantil», era literatura, simple y llanamente; era una *posibilidad*. Todavía recuerdo cuando leí *La isla del tesoro*, jugar a los piratas y enterrar tesoros en cajas de bocadillo con mi primo era uno de mis juegos favoritos. Luego pasé por *Los cuentos de los hermanos Grimm* y el misterio empezó a convertirse en parte de mis aficiones.

Yo jugué a ser Wendy, le rogué a mi mamá que me comprara unos zapatos rojos porque quería darme un paseo por Oz y me iba a pescar con mi abuelo llevando un sombrero de paja. Para los niños la literatura es tener la opción de ser quien sueñan ser, de ir a donde quieran ir, de descubrir mundos fantásticos. Viajar

con Julio Verne era una de mis actividades favoritas, mi *Viaje al centro de la Tierra* quizá fue más divertido que el que hice a *La isla misteriosa*, y, sin duda alguna, uno de mis mejores momentos fue cuando caí por la madriguera persiguiendo al conejo blanco. Y sí, recuerdo cada una de mis aventuras. Recuerdo que a medida que crecía descubría más y más mundos, conocía más y más amigos, y me iba dando cuenta de que no había límites en cuanto a lo que podía hacer cuando leía un libro.

Los libros fueron mis compañeros, incluso en los momentos más difíciles. Cuando tenía once años sufrí un accidente que incluso hoy, al recordarlo, tiemblo. Tuve que pasar cerca de un mes en un cuarto de hospital y no entendía por qué o cómo era que eso me estaba pasando. Esto me causó una gran tristeza. Un buen día mi mamá entró a la habitación con una bolsa grandísima. Adentro traía los mejores regalos que un niño puede recibir: muchos libros, colores y papel. Aún recuerdo que entre ellos venía un libro grueso —mi tía dudaba de que pudiera leerlo— titulado *La ciudad de los libros soñadores*, de Walter Moers. De inmediato quedé atrapada en su nombre; cuando lo abrí, me encontré con unas ilustraciones maravillosas, enigmas, códigos, rimas y poesías. No pude soltarlo, me enganché en la lectura y descubrí «Biblopolis», una ciudad subterránea llena de anticuarios, olor a cuero viejo y a tinta. Recuerdo que las aventuras de un joven que soñaba con ser escritor, enredado entre cazadores de libros y monstruos, me acompañaron durante todo el mes que estuve recluida en ese frío lugar. Casi no lo sentí. Los libros me salvaron la vida.

Quizá por eso hoy dedico mi vida a las letras, porque son un salvavidas que lanzamos todos los días, porque me siguen permitiendo viajar a donde quiera. Por eso decidimos publicar una colección de clásicos infantiles traducidos y adaptados por nuestro equipo, con unas ilustraciones preciosas, para que los grandes que los lean, como nosotros, vivan ese efecto «ratatouille», y los niños que lo hagan por primera vez se decidan a emprender una nueva *travesía*.

La literatura infantil no puede faltar jamás, y es que no es solo para chicos, todos la necesitamos en nuestra vida, precisamos de soñar de vez en cuando y vivir aventuras épicas que nos llenen de vida y energía... quizá así podamos sentirnos niños otra vez.



